

## Enfermera, madre y docente durante la pandemia de la COVID-19

Lorena Lourdes Tejero Vidal

Unidad Covid, Hospital Universitario Santa María, Universidad de Lleida, GRECS IRBLleida (Lleida, España)

Correspondencia: [lorena.tejero@udl.cat](mailto:lorena.tejero@udl.cat)

Cuando hace más de 20 años escogí la enfermería como mi profesión de futuro no me imaginaba que pudiera vivir una situación bélica como la que viví el año pasado. Después de estas dos décadas siendo enfermera, y compaginar esta labor asistencial con la docencia desde hace algo más de diez, creo que nada me ha podido aportar más a nivel de crecimiento profesional como lo vivido en los últimos meses.

Puedo afirmar que soy enfermera de vocación. Me apasiona el cuidado y la profesión ya que la considero una de las más humanas que puedan existir y en las que te puedes llegar a formar. Este sentimiento humanista, vocacional, pasional y a veces, duro de experimentar, intento, año tras año, transmitirlo a mis alumnos de primero y de cuarto. Muchos de ellos, vírgenes en el ámbito sanitario.

Pero esta situación se ha visto modificada este curso académico 2020/2021, y no sólo por la virtualidad de las clases en la que me he tenido que también que formar. Me he dado cuenta que les he transmitido algo nuevo, tristeza. Tristeza por lo que he vivido, tristeza por los que he dejado atrás, tristeza porque realmente me he planteado que como sociedad no hemos aprendido mucho.

Los primeros días en la Unidad de Covid del hospital en el que trabajo fueron duros, inciertos y con un sentimiento de inseguridad importante. La pena nos acompañaba cada vez que no podíamos hacer nada por las personas que fallecían, que se iban sin el acompañamiento de sus seres queridos... sin un beso.

Desde que en España se decretó el Estado de Alarma el 11 de marzo de 2020, fueron muchas las Unidades COVID que se crearon en los centros hospitalarios para poder hacer frente a la avalancha de enfermos que ingresaban y que, en muchas ocasiones, no podían ser llevados a las unidades de críticos.

Muchos profesionales nos tuvimos que transformar, adaptar y formarnos a marchas forzadas. En mi caso, fue una decisión personal el estar en la unidad covid de mi centro. No había otra posibilidad. Quizás pensando sobre todo en mi familia; en su protección. Las unidades covid contaban con mayores recursos de protección y “pensaba” que sería más difícil el poder transmitir el SarsCov2 a los míos. Qué ilusa fui.

El miedo no era una opción cada noche que llegaba a mi centro de trabajo, a pesar de contar con escasos recursos (EPIs inadecuados, insuficientes, ...) y de la incertidumbre que la

propia patología nos inundaba a la mayoría de profesionales en un primer momento.

Pero lo peor estaba por llegar. Las miradas que los pacientes nos mostraban las primeras veces que nos veían, demostraban el miedo, el temor. ¿Cómo podíamos tranquilizarlos si nosotros mismos no sabíamos bien a que nos enfrentábamos? Estas miradas se veían modificadas con los días, con el trato, con una mirada directa, con una palabra de atención. Somos enfermeros, de esto sabemos mucho. Es el valor añadido que aportamos a los cuidados.

Después de mi primera noche, al llegar a casa, me sentía bien. Parecía que nada diferente había pasado. Pero era una simple ilusión.

Las siguientes noches fueron las peores. El ver partir a los primeros pacientes, solos, sin un consuelo diferente al nuestro, era demasiado duro para mí, como profesional y como persona.

Todavía recuerdo al primer “paciente” (no me gusta paciente, pero no quiero personalizarlo porque me produce dolor) que, a mi cuidado, se marchó. Recuerdo cómo me cogía la mano, la mirada de miedo, el saber que no podía hacer nada por él, y que sería la última persona que vería.

Su mirada penetrante quedó grabada en mi pupila durante varios días. La tristeza me invadía al llegar a casa. Me preguntaba si esos tan aclamados principios bioéticos que tanto nos jartamos de enseñar a nuestros alumnos, los estábamos cumpliendo.

¿Estábamos actuando de forma no maleficiente? ¿Los cuidados que aportábamos eran beneficiosos, equitativos? Pero la pregunta que más me chirriaba en mi consciencia, era, ¿estábamos siendo justos en nuestras atenciones? Evidentemente, la respuesta era NO.

Desde el momento en que clasificábamos a los pacientes en función de sus posibilidades de recuperación, ya no lo éramos. ¿Cómo como sociedad estábamos abandonando a su destino a personas independientes hacía sólo una semana?

Recuerdo las dos manos juntas en un intento de consolar el miedo a partir y la rabia que carcomía mi corazón. El estar en la cabecera de la cama y mirar a la muerte a la cara.

Estoy convencida de que me infecté con ese enfermo. Si a la falta de recursos le sumas manipulaciones de ventilaciones, aerosoles, y la deshumanización mostrada por profesionales médicos que parecían no entender que no nacemos enseñados

y que requerimos de un proceso de aprendizaje, a pesar de llevar años dedicados a la enfermería. Esos días era fácil identificar a los profesionales humanos de los que practicaban una asistencia deshumanizada.

No fue el primer paciente que a lo largo de mi carrera profesional veía partir, ni será el último. Pero siempre he tenido presente una premisa: proporcionar confort.

Tenía claro, que con las acciones que me estaban “ordenando” (lo lógico sería hablar de prescripción, pero la vivencia fue de exigibilidad), no lo estábamos haciendo. Eso era lo peor.

El sentimiento de que no estaba proporcionando unos cuidados de calidad, humanizados, creo que han dificultado el poder afrontar la situación vivida. El duelo se mantuvo durante varios días en casa. Un llorar en silencio, que poco a poco se transformó en rabia y en una pena que iba menguando. No lo olvidaré jamás.

Fue a partir de la tercera semana de atender a pacientes infectados, cuando empecé con cefaleas intensas y con una tos seca. Sabía lo que era. Pero en mi mente continuaba negando la posibilidad. Mis superiores, quizás por la falta de recursos humanos, intentaban excusar la sintomatología, porque tenía todos los números para que una muestra de PCR me diera positiva.

Fui la única de mi equipo de noche que me había aislado lo máximo posible de mi familia, porque no podía dejar de ir a mi casa, estaban también mis hijos confinados allí. Las consecuencias fueron las mismas que muchos de mis compañeros de profesión han ido explicando durante estos días. Toda la familia infectada, pero por suerte con una sintomatología leve. La culpabilidad de haberlos puestos en riesgo no soy capaz de expresarla. Todavía hoy en día, doy las gracias porque lo superamos sin mayores secuelas.

Tuvimos suerte, pero hubiera podido ser fatal.

En mi cabeza no paraba de preguntarme: ¿qué es lo que hice mal? ¿por qué no nos dieron los suficientes recursos? ¿tan poco les importamos?

La periodista Angels Barceló en su programa de radio Hoy por Hoy de hace una semana, entrevistó a una enfermera de uno de los hospitales de la Comunidad de Madrid, y le preguntó si se había infectado. La compañera contestó que no, y la periodista le contestó “pues es porque seguro lo has hecho todo bien”. Me quedé muy impresionada, rabiosa, apenada... no sé cómo describirlo. No actué fuera de los protocolos para infectarme, y eso lo tengo claro. Fueron las circunstancias.

Durante tres semanas estuve confinada, encontrándome físicamente bien, pero moralmente, me sentía que había abandonado a mis compañeros.

Durante años me he dedicado en la Facultad de Enfermería y Fisioterapia de la Universidad de Lleida a explicar la historia de la enfermería; analizando cómo los conflictos bélicos, las grandes epidemias que históricamente han azotado la historia de la humanidad, han permitido que los encargados de los cuidados evolucionen, pero no sólo a nivel profesional sino también personal.

Como señala la antropóloga Collière, la enfermería y los cuidados forman parte del origen de la humanidad. Humanidad y naturaleza. Parece que esta última nos está dando una gran lección.

Llevábamos unos años intentando humanizar los cuidados. Qué irónico, ¿no? Estábamos pretendiendo recuperar nuestra propia esencia.

Pues esta situación nos ha dado una gran lección de humanización.

Espero que esta vivencia, la recordemos, la interioricemos y aprendamos de nuestros errores. Hemos dejado atrás a gente por la que no hemos luchado, que hemos abandonado por falta de recursos. Gente que tenía familia, seres queridos, y experiencias que aportar.

Después de estos meses, no paro de agradecer a mi familia por el consuelo que me brindaron y que todavía lo hacen. Mis hijos, mi marido y el resto de mi familia, que cada día me despedía dándome fuerzas y valor para ir a trabajar. Mis hijos sobre todo no entendían por qué lloraba si marchaba de casa contenta. No entendían por qué un trabajo que apasiona a su madre provocaba tanta tristeza.

Si esta pandemia me ha enseñado algo es que soy madre, soy enfermera y sobre todo soy una persona que cuida.